

---

## Estudiantes sensibles en un mundo cambiante: la escuela se desordena

Blanca Estela Galicia Rosales

Doctora en Ciencias de la Educación. Docente de la Escuela Secundaria 602 “Juan Rulfo” en el Estado de México.

[blanquitagalicia@yahoo.com.mx](mailto:blanquitagalicia@yahoo.com.mx)

Hay algo especial en el mundo de la vida de quienes nos concebimos docentes, tal vez sean nuestras constantes preocupaciones que tienen que ver con lo que nos pasa cotidianamente, pero también con lo que pasa en la escuela, con los estudiantes, con sus padres y tutores y con su mundo.

En muchas reuniones de Consejo Técnico Escolar, la mayoría de docentes que colaboran en la secundaria, planteaban con preocupación las múltiples situaciones que se viven día con día con los adolescentes: la manera de convivir a partir de expresiones violentas, el despertar sexual mediado por las redes sociales y la apertura informativa de la internet, las modas y los modos copiados de *influencers* y *youtubers* que permean el modo de hablar, la vestimenta, el maquillaje, la alimentación y, en algunos casos, sus preferencias sexuales.

Ante estas situaciones complejas develadas, se pidió la propuesta de alguna estrategia que pudiera combatir esta realidad. Los orientadores propusieron vigilar la entrada y salida, hacer guardias en los descansos, evitar la salida a los estudiantes entre clases, cuidar los baños, poner cámaras, prohibir las manifestaciones afectuosas entre parejas, ante todo esto pensé en que nuestra escuela se había convertido en un espacio de vigilancia y castigo tal como lo había manifestado Michel Foucault (2002) y que ahora se materializaba en una secundaria. Protesté por tantas restricciones argumentando que el estudiante puede ser acompañado en todo eso que le va pasando y de ese modo abrir sus horizontes de comprensión ante el mundo que le rodea, y que los docentes tenemos el compromiso de contribuir a la formación del pensamiento crítico y de la sensibilidad.

---

Las propuestas fueron votadas y se implementaron las acciones de los compañeros orientadores, así que asignaron las guardias, tres veces a la semana por cada docente en distintos espacios de la secundaria y la función a desempeñar era policial, se limitaba a vigilar que los estudiantes no hicieran las cosas prohibidas y en su caso turnarlos a la dirección en donde serían sancionados. Para vigilar que los maestros cumplieran su tarea, pasaba todos los días el secretario de la escuela, con su hoja de reporte para que el docente firmará y quedara la evidencia.

Ante estas inminentes medidas, me resistí a ser policía y como no quedaba otra, porque se había llegado a un acuerdo que había sido avalado por una mayoría, pues no había otra opción que echar a volar la imaginación y, pensé para mí misma: *no voy a hacer una guardia sino que voy a observar lo que ocurre en el contexto escolar, no voy a vigilar a los estudiantes, los voy a acompañar y no turnaré a la dirección ningún caso sin antes dialogar, a menos que algún estudiante sea violentado, corra riesgos inminentes o haya tenido algún accidente que lo ponga en peligro.*

Estas resistencias provenían de las ideas de Freire (2016) en el libro *Maestro sin recetas. El desafío de enseñar en un mundo cambiante*, en el que dice que tanto educadoras como educadores deberán mantenerse inmersos en las experiencias concretas e históricas de los estudiantes, es decir mantenerse cercana a ellos, para reconocer de dónde provienen sus movimientos como sujetos en el mundo y hacia dónde van. A partir de ello entendí que ser vigilante me excluía de la experiencia concreta e histórica y por ello decidí permanecer inmersa.

Desde esa cercanía narraré lo que aprendí de los inolvidables estudiantes de secundaria. Me di cuenta que, aunque los docentes pretendían vigilar en los recesos escolares mientras comían, los estudiantes se acercaban para conversar, lo cual era inevitable porque a los estudiantes les genera una gran fascinación hacerles preguntas a los docentes. Un día mientras desayunaba, se acercó una niña y me dijo: –cuando regresemos al salón, en su clase ¿nos deja escuchar música?

Le pregunté ¿qué música te gusta? Ella dijo que los *corridos tumbados* y yo le dije que los había escuchado en diferentes lugares,

---

pero que no conocía muy bien este estilo musical, ella comentó que se trataba de música muy buena, que se bailaba como se baila la banda o sea muy abrazados y que quienes cantan lo hacen combinando el corrido con el *hip-hop* y el *reggaeton*. La niña llamó a otros dos estudiantes que sabían más del tema y pusieron en su celular música que hablaba de excesos en el consumo de objetos, de fiesta, de relaciones de pareja y hasta de la vida sexual, dijeron que sus preferidos eran Natanael Cano, Junior H, Peso Pluma y otros más que no recuerdo. Les dije que en clase conversaríamos acerca de sus inquietudes musicales.

El lapso en el que los estudiantes se fueron y yo terminaba el desayuno, pensé en que los medios de comunicación ponen al alcance de los adolescentes el contenido que desean difundir, para que presen mayor atención a las canciones que desbordan sus sensaciones al cantar temas aparentemente disruptivos, pero que en esencia están permitidos porque aparecen como contenido público y por la cantidad de reproducciones y de likes, se puede mirar la emergencia de una cultura del *tumbado*, es decir, de lo que se narra desde la calle, de los deseos capitalistas y en ocasiones hasta sexuales, con este tipo de canciones, expresiones y moda, las sensibilidades de los estudiantes se van modificando y se van visibilizando en sus actitudes, valores y modos de asunción como sujetos en ese mundo cambiante.

Así que lo que aparentemente es nuevo y disruptivo, no lo es porque está puesto a la visibilidad de una sociedad en la que se muestra como un producto de mercado, que se consume y se distribuye (Rancièrè, 2000) probablemente como un mecanismo para pasar inadvertida la realidad circundante que afecta a la humanidad como el deterioro ambiental, la pobreza, la falta de agua en el mundo, el consumismo y muchos otros más que afectan, pero que no son visibilizados con la misma potencia que los corridos tumbados.

Cuando ingresamos a la clase de Historia, los estudiantes insistieron en que pusiera música en la bocina con la que regularmente escuchamos el audio de los videos de Historia, fue entonces que acepté y sugerí que cada una de las mesas pidiera una pieza musical.

En consenso una de las mesas seleccionó un corrido tumbado titulado: *Porte exhuberante*, los estudiantes en su mayoría cantaban,

---

me detuve a escucharla y me llamó la atención la manera en la que el cantante posiciona a un sujeto masculino que tiene para comprar un reloj Rolex con diamantes, que se reúne con otros jóvenes que fuman y consumen sustancias para estar *pasaditos* y agarrar valor para andar en el jale, refiriéndose a actividades de narcotráfico. De pronto tuve la sensación de estar ante la producción de un discurso que da origen a la asunción de nuevas subjetividades en los adolescentes, por ello la necesidad de tatuarse, de usar joyería llamativa o de llamar a los demás vatos o raza.

Vino a mi mente otra de las prescripciones de la escuela que indicaba que no podemos escuchar este tipo de música en las aulas por promover actitudes y situaciones que ponen en riesgo a los estudiantes, sin embargo, creo que como docente tuve la oportunidad de acercarme en esta ocasión hacia un estilo musical que escuchan los estudiantes y que me hizo pensar, indagar, criticar y mantenerme inmersa en las experiencias concretas e históricas de los estudiantes (Freire, 2016). Esta situación me ha llevado a comprender no sólo la vida de los estudiantes, sino también de las familias quienes hacen de este estilo musical un modo de entender el mundo y de sentirlo.

Pensaba en que una de las vías para que los estudiantes puedan amplificar sus gustos musicales, era poniéndolos ante otro tipo de música que le lleven a gozar de otras armonías, melodías, ritmos y letras. movilizar el pensamiento crítico que aparece en la Nueva Escuela Mexicana como un eje articulador que posibilita la formulación de preguntas, la emisión de juicios que ponen en duda lo que ven y sienten, la asunción de críticas argumentadas que hagan que se rompan las modas asumidas en la escuela y se manifiesten otras formas de ser, cuestionando los valores éticos.

No cabe duda que esos estudiantes inolvidables me pusieron en serios problemas al ponerme ante los corridos tumbados, esta situación que apareció como un problema, fue tomando matices de investigación: hice un rastreo de los cantantes de ese estilo musical, de los temas, de las diferencias con otros estilos y cantantes parecidos, de sus recurrencias y de las influencias. El estar cercana a los adolescentes nos lleva a actualizar nuestra experiencia docente, a sumergir-

---

nos en sus mundos y posicionarnos frente a eso y diseñar estrategias didácticas que potencien el pensamiento crítico sin que todo esto que ocurre nos asuste o nos haga emitir juicios sin argumento. Descubrí que todos movilizamos nuestros deseos de conocer e investigar y esto nos lleva a explorar en la conformación de nuevos símbolos culturales surgidos en el mundo de la vida y que se desbordan en la investigación.

Después de este ejercicio de indagación, continué en la cotidianidad de las observaciones durante los recesos escolares, los adolescentes se acercaban, me saludaban cordialmente, me hacían muchas preguntas, algunas personales y otras de sus preocupaciones como adolescentes. Me encantaba verlos correr, jugar, platicar, coquetear, hasta que el día menos pensado me volvieron a lanzar una pregunta detonadora que me llevo nuevamente a pensar, a indagar y a criticar: ¿conoce a Dany Flow y a Bellakath?

Ser docente e investigadora al mismo tiempo, ha hecho que las cosas que pasan en el mundo escolar, sea pensadas desde la multidimensionalidad. En otro texto hablaré de lo que ocurrió con esta última pregunta.

## Referencias

- Foucault, M. (2002). *Vigilar y castigar. Nacimiento de la prisión*. Buenos Aires: Siglo veintiuno.
- Freire, P. (2016). *Maestro sin recetas el desafío de enseñar en un mundo cambiante*. Buenos Aires: Siglo veintiuno.
- Rancière, J. (2000). *El reparto de lo sensible. Estética y política*. Santiago de Chile: Editorial LOM.